

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

A LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE

LA MADRE DE FAMILIA.

A causa de la grave enfermedad sufrida por una de las hijas de nuestra directora, ha estado suspendida todo este tiempo la publicación de la revista.

Hoy, mejorada en algun tanto, volvemos á reanudar nuestras tareas, y no solo seguirá el periódico su marcha natural, sino que procuraremos quitarle el atraso en que involuntariamente se encuentra hoy.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—El tiempo poesia por X.—Paulina Rubens, por E. B.—El Stabat Mater, por Enrique Murger.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

CARTAS Á JULIA

CONTINUACION.)

¿Y quién bastardea el alma, Enriqueta? Ah, siento decirlo, pero son las madres.

Es verdad que tal vez no son ellas las únicas responsables de esa culpa, transmitida de siglo en siglo, de generación en generación, por los errores de los hombres, que se han encargado de estraviarlas por un sendero erizado de espinas y de abrojos, y á cuyo término se hallan la ruina, la degradación y la muerte.

Pero observo que te sonries dudando de mis palabras: vamos á analizar el modo como educan las madres el alma de sus hijos, y verás que lo que procuran desarrollar en ellas, luchando á veces con sus buenos instintos, es el frío egoísmo, el sórdido interés, la necia vanidad, la hipocresía de las apariencias y todas las malas pasiones.

Escúcha:

—«No hagas esto, que es mal hecho, y te daré un dulce,—aprende la lección, y cuando la sepas, te regalaré un hermoso juguete;—cuida un instante de tu hermanita enferma y luego te dejaré que vayas á paseo.»

Esto es lo que las madres repiten á sus hijos, no una vez, sino cien veces al día. ¿Qué es lo que presentan pues, incesantemente á su imaginación infantil? La idea del propio bienestar, cuyo más ligero sacrificio es acreedor á una recompensa. Es decir, la idea del egoísmo y del interés; la monstruosa alianza del yo estúpido, con el *dame y te daré*, que es la degradante bandera del siglo que cruzamos!

Ah, desde la edad mas temprana convirti-

mos á nuestros hijos en sórdidos mercaderes, y luego clamaremos contra Dios y la naturaleza, si cuando son hombres, venden su honor, su conciencia, y los más puros afectos de su alma!

XVI.

Persistiendo siempre en su sistema favorito, prosiguió la abuela, las madres si quieren inculcar en sus hijas algunas ideas religiosas, nunca las dicen;

—«Dios es infinitamente bueno, y los cielos se visten de fiesta cuando el que yerra vierte una lágrima de amor, exhala un suspiro penitente.

Amale porque es la belleza increada, fuente de todo bien, origen de todas las virtudes;

Sino:

—Dios castiga á los niños que no son buenos; los niños que no aman á Dios van al infierno.

Y los inocentes no se atreven á mirar al cielo, temiendo ver aparecer entre las nubes la mirada iracunda del Juez inexorable, y le rinden homenaje por librarse á sí mismos del castigo.»

Pero oye el siguiente diálogo entre una madre estúpida y una sociedad mentirosa:

—«Vaya, hijo mío, ven á decir una fabulita delante de estas señoras... aquella que sabes tan bien! Los niños bonitos no lloran... Dila, y esta tarde vendrá Gerardo á jugar contigo.»

El niño, después de fastidiar al prójimo con sus negativas, tartamudea por fin la fábula, y entonces, por complacer á la madre, llueven sobre él un diluvio de disparatadas alabanzas.

—Qué hermoso!—Qué ojos tan bellos y expresivos! Parece una miniatura!—Vaya que el niño es un prodigio!

Y la madre, que toma al pie de la letra aquellas alabanzas de cajón, responde pavoneándose:

—Si tiene un talento! una travesura! Es el

asombro de cuantos le ven, porque parece imposible que á su edad diga y haga lo que él hace... Eso si, es muy malo, y rabio mucho con él...

—La travesura revela génio: luego los años la modifican, y no hay jóvenes mejores que los que han sido revoltosos cuando niños.

Esta escena tan risible, es muy seria para el que es su protagonista, y á veces decide del porvenir de su vida.

En primer lugar, esa madre cultiva con esmero la nécia vanidad de su hijo y estimula su pueril amor propio con inmerecidos y exagerados elogios que le desvanecen, y como la escena se repite con muchísima frecuencia, se cree de buena fé un sér privilegiado, crece en esa idea y acaba por sér un ente jactancioso y petulante. Ah! cuánta será mañana su animadversión contra la sociedad, que desmintiéndose á sí misma, osa mirar con indiferencia y cerrar sus puertas al que proclamó un prodigio!

(Continuad.)

Angela Grassi.

EL TIEMPO.

Una noche, en que el sueño andaba lejos,
De mi pálida luz á los reflejos,
El Tiempo, á solas, penetró en mi estancia
A hacerme una consulta de importancia.
Y despues de pedir con voz sonora
Perdon, por lo molesto de la hora,
—«Quiero (dice) saber lo que hay de cierto
En un asunto que me tiene muerto:
Yo no sé lo que soy, ni lo que valgo,
Y aún me pongo á dudar si seré algo,
Tú eres oro! me dice el comerciante,
Su carrera, me llama el estudiante,
El labrador su afán; tan sólo el necio
Me condena al olvido y al desprecio.
Quién me pinta con alas; quién sañudo,
Engullendo voraz un niño crudo.
Unos dicen que calmo los pesares,
Otro que los reparto por millares;

Los que gozan me tienen por ligero,
Los que sufren por tardo y majadero.
Los jóvenes me llaman su destino,
Y los viejos me acusan de asesino.
Mas despues de tan larga rociada,
El filósofo dice que soy *¡nada!*
Así, pues, en tamaño desconcierto
Quiero saber de tí lo que hay de cierto;
Que no sé lo que soy, ni lo que valgo,
Y aún me pongo á dudar si seré algo.»
Y el tiempo urge... y mi palabra espera...
Y al cabo respondí de esta manera:
—«Todos tienen razon, pues cada hombre
Segun le va contigo te da nombre.
Y pues saber mi pensamiento quieres
Diré, para el cristiano, quién tú eres:
Eres... ¡la salvacion ó eres su ruina!
Esto me dice la verdad divina.
Si te pierdo ¡ay de mí! serás *infierno*;
Si te ocupo en el bien, mi gozo eterno.»
—«¡Publica esa verdad!»

*Que el tiempo es llave
De la honda eternidad, ¿quien no lo sabe?*

X.

PAULINA RUBENS.

(Segunda parte.)

(CONTINUACION)

La idea de su hijo reprimió este movimiento al mismo momento. Y para no pensar más en ello dijo á Bella:

—Dadme mi capa.

—¡La capa! exclamó madama Flora Mussault ¿y para qué para chafar los encajes y descomponer el peinado?

—Pero yo no puedo atravesar la calle de esta manera.

Pues bien he podido yo hacerlo por espacio de quince años, repuso con acritud la ex-cafetera que no habia abdicado sin sentimiento su mostrador en favor de Paulina.

Paulina sin tratar de hacer nuevas objeciones, bajó la escalera y atravesó la calle con el rostro encendido de vergüenza; entró en el café, donde la esperaban Mrs. Mussault padre é hijo. El

viejo la tomó por la mano y la condujo al mostrador.

Estaba colocado éste en medio del café, de modo que se veía desde la galería exterior, sin que se distinguieran tan claramente desde allí, las facciones de la que lo ocupaba. Era un espejo de mesa dorada descubierta por debajo para que se pudieran admirar los detalles mas pequeños del sitial sembrado de abejas y esmaltado de águilas que las modistas habian ya anunciado á Paulina. Todo estaba ya dispuesto para dar mayor realce á la dama de mostrador y hacer resaltar más su belleza. Un taburete de raso negro debia sostener sus menudos piecitos calzados con fina media de seda y pulido zapato de raso blanco primorosamente atacado con delgadísimas cintas. Su esbelto talle se veía reproducido por millares de espejos que la rodeaban por todos lados reflejando su imagen en cien aspectos diferentes. Apenas se sentó y se vió representada en todas sus fases, por decirlo así un vértigo se apoderó de su razon.

Creía hallarse en medio de las fantásticas alucinaciones de una pesadilla. No sabia como sustraerse á las millares de miradas fijas en ella de los que estaban dentro y fuera del café, porque además de estar este lleno, ocupaba la galería exterior un inmenso gentío, que disputaba tumultuosamente sobre quien se habia de acercar á las ventanas; madama Van-Eyckens no podia comprender por qué todo París se habia dado cita para aquel día, la infeliz no sabia que en todos los periódicos se anunciaba hacia ocho dias la exhibicion del trono imperial y la esposicion de una dama de mostrador de una belleza sin rival.

En medio de este tumulto, de esta agitacion, de esta gritería, Paulina se ocupaba maquinalmente de sus deberes de tenedora de libros apelando á este recurso como un asilo contra la indiscreta curiosidad de las gentes y contra su propia confusion. Vijilada por el viejo Mussault, que se mantenía detrás de ella gozando de su triunfo, no cometió la más lijera equivocacion. Cerca ya de la una de la mañana fatigada y sin fuerzas vió empezar á retirarse el gentío, gracias á los agentes de policía, y que esta noche eterna tocaba al fin á su término. Mussault hijo se acercó á Paulina con un papel sellado en la mano.

—Hemos convenido, señora, le dijo con una sonrisa que queria aparentar benevolencia, hemos convenido en que á pesar de ser nuestro ajuste por mil y doscientos francos al año, no obstante, si quereis firmar esta obligacion por tres años, en ella os señalamos el doble de lo convenido.

—Dos mil cuatrocientos francos no es bastante, interrumpió el viejo Mussault; esta señora te los ha hecho ganar en sola esta noche. Tú le asignarás 4000 francos de honorarios y yo te garantizo que se comprometerá por cinco años.

Tomó el contrato de manos de su hijo, y él mismo hizo las correcciones, que habia exigido, haciendo firmar dos ejemplares á Paulina y al cafetero, y dando á cada uno el suyo acompañó á su casa á Paulina. Mientras que esta aturrida por las extravagancias de aquella noche, en que habia hecho el papel de heroína, se desembarazaba apresuradamente de todos sus adornos y daba gracias á Dios que le habia concedido fuerzas en aquella prueba y de la fortuna que deparaba á Adriano.

Los dos Mussault se felicitaban entre sí.

—¡Seis mil francos de ingreso! decia el hijo.

—¡Y tú vés á proponer cien Luises á esa mujer para hacerla dudar! Si ella te hubiera pedido 8000 francos tu debias apresurarte á acceder. No lo dudes, ella va á traerte la suerte y la fortuna para tu establecimiento. Que dure esto siquiera dos años, y hétenos ya ricos para siempre.

III.

LA DAMA DE MOSTRADOR.

Al dia siguiente no se hablaba en París más que de la hermosa botillera. La perfeccion admirable de sus facciones, el brillo de sus miradas, la riqueza de su cabellera, la forma angelical de su mano, la fabulosa pequeñez de su piecito chino y la gallardía de su talle lleno de gracia y elegancia, escitaban un entusiasmo general que rayaba en admiracion y frenesí. Así era que desde por la mañana temprano un gentío inmenso asaltaba las inmediaciones del Palacio Real, é invadía el café, contándose por dichoso el que podia hallar un asiento. Por la parte de afuera era innumerable el concurso formando una procesion como sucede en los teatros los dias que se ejecuta una funcion brillante. La autoridad tuvo que mandar gendarmes para mantener el orden, y todas las calles vecinas rebosaban de coches y caballos.

Cuando Paulina á cosa de las cuatro, fué á tomar su asiento al mostrador, numerosos aplausos resonaron por todas partes, prolongándose por espacio de media hora. Apareció más hermosa que la vispera, porque esta vez, ella sola presidió á su tocador, y se habia librado de las ridiculeces y vulgaridades de madama Flora Mus-

sault. Jamás se han visto transportes semejantes y fueron tales las voces de los que desde la galería exterior pedían que se les dejara ver á la dama de mostrador, que Paulina tuvo que levantarse y acercarse á las ventanas de la galería. Aquello era un verdadero delirio. Un victoreo unánime se levantó; palmoteos estrepitosos, gritos de «viva la hermosa botillera» y una lluvia de flores cayó sobre Paulina. Los periódicos del siguiente día hablando de este suceso, la comparaban á la bella Paulina de Tolosa, que por decreto de los capitulares estaba obligada á mostrarse al pueblo desde el balcón de las casas consistoriales, dos veces al día.

El éxito de la hermosa botillera no paró en esto solamente; los teatros de vaudeville se apoderaron de esta aventura y la pusieron en escena de mil modos distintos. Las ofertas más extravagantes fueron hechas á madama Van-Eyckens.

Muchos directores y empresarios de teatros le propusieron contratas ventajosísimas, si consentía en dejarse ver solamente en una pieza de circunstancias. Un botillero quiso darle 25 mil francos al año, con tal de que fuera á ocupar su mostrador y dejara el café de Mr. Mussault; él se encargaba además de hacer romper la escritura que comprometía á Paulina con este último. Ella se negó á todo, declarando que aun cuando no hubiera firmado una obligación legal, no por eso se consideraba menos empeñada por sola su palabra con Mr. Mussault. Al momento corrieron de boca en boca estas circunstancias honoríficas y semejante conducta aumentó el interés que inspiraba esta jóven, que reunía á esta belleza de *houvi* sentimientos de heroína. Un nuevo vaudeville unido á los periódicos contribuyó á popularizar estos actos de lealtad y desinterés. Mr. Mussault cuya fortuna se aumentaba rápidamente, aumentó la asignación de Paulina á doce mil francos y una parte en las utilidades del establecimiento.

La posición de Paulina era, sino feliz á lo menos agradable; además cada día se disminuía una de las penalidades de su situación.

En lugar de los trages escotados y propios de baile con que al principio se la había revestido, ella había adoptado un vestido negro, que elegante al mismo tiempo que sencillo, hermanaba perfectamente con su fisonomía pura y melancólica.

Las señoras no tardaron en conocer, que un gusto exquisito presidía en el tocado y prendido de la hermosa botillera y al momento adoptaron muchas innovaciones que Paulina había sido la primera en presentar.

Una de estas fué la substitución de los talles largos á los cortos y desgraciados que entonces se usaban, y también dió la forma á los brazaletes que se llamaron *brazaletes à la hermosa botillera* y hasta los mercaderes bautizaron sus telas con este nombre.

Preciso es confesar que Paulina, encontraba un placer en la popularidad que convertía en un personaje célebre á una pobre muger moribunda poco antes, llena de miseria y abandonada. Pero ¡cómo qué alegría renunciaba á este placer cada quince días, para ir á pasar uno de libertad con su amiga la muger del doctor, que ya había vuelto á París! ¡Cuán feliz se sentía entre sus dos amigos, con su hijo sobre las rodillas sin hallarse sitiada por la muchedumbre y el tumulto! Además, casi todas las mañanas iba furtivamente al colegio de Adriano, le abrazaba y se enajenaba al saber que trabajaba con fervor y que sus progresos sobrepujaban á los de sus camaradas. Adriano era un retrato de su madre, una copia de su hermosura, y hasta su carácter tenía la noble altivez y energía de madama Van-Eyckens.

Podía, pues, ya ésta dirigir sin inquietud y aun con esperanza sus miradas hácia lo futuro; ella colocaba á réditos con una economía avara casi todos sus honorarios y no separaba de ellos sino la suma necesaria para pagar al colegio de Adriano.

Su habitación y alimentos no le costaban nada y por último había colocado en el café á Bella con buen salario. Calculaba con alegría que los cinco años de mostrador en el Palacio Real, le valdrían 50 mil francos lo menos, los que añadidos á los intereses que estos mismos le iban devengando podrían hacer una renta de tres mil libras. A esto debían añadirse los numerosos y ricos regalos que el propietario del café le hacía en algunas épocas y la parte de utilidades, que podría valuarle en mil escudos anuales.

Por consiguiente, Adriano no se veía espuesto á la miseria y á las penosas pruebas que ella había sufrido; su hijo no tendría que doblarse bajo las humillaciones de la necesidad. Este pensamiento brillaba sin cesar ante la buena madre. Como los israelitas guiados en el desierto por la columna de llamas, así marchaba ella con la vista fija en este lucero brillante, sin echar de ver el cansancio y los inconvenientes del camino, que herían y maltrataban sus pies. Sin embargo muchas veces necesitaba gran valor y abnegación para no caer en el desaliento.

La belleza de Paulina, su posición de dama de mostrador y la celebridad que se había adquirido, le trajeron innumerables estúpidas

declaraciones de una turba de adoradores; y aun se tenia por dichosa cuando se contentaban con escribirla y no tomaban á su cargo el manifestarle de viva voz su fervorosa pasión. Una cesta recibia estas declaraciones, que madama Van-kenes quemaba todos los dias antes de salir del café.

Por lo que toca á las persecuciones verbales, ella las desechaba con una sonrisa fria y desdenosa.

Como algunos de sus *inamorati* la seguian al salir del café cuando volvía á su habitacion, solicitó y obtuvo un entresuelo en el mismo café, que la libertó de este género de persecucion é imposibilitó los planes de los importunos. Hasta la misma calumnia se vió reducida á la impotencia, y se estableció por voto general que la hermosa botillera era tan prudente y virtuosa como bella.

Cuatro años transcurrieron así, durante los cuales Paulina se familiarizó completamente con su posicion y concluyó por hacerse indiferente á los homenajes vulgares que la importunaban continuamente.

Un dia, que, sentada al mostrador (de donde habia hecho desaparecer el trono, y sustituir un asiento menos teatral) paseaba sus miradas maquinalmente por el recinto del café, vió á un joven sentado entre varios amigos, que tenia la vista fija descaradamente sobre ella. Parecia que le zumbaban por alguna fanfarronada que acababa de decir y que estaba dispuesto á ejecutar. El joven llamó á un mozo del café y le pidió recado de escribir; puso algunas palabras sobre un papel, y doblándolo sin cerrarlo, mandó al mozo que se lo llevara á la dama de mostrador. Paulina, creyendo que se trataba de pedir alguna bebida desdobló el papel, en que leyó.

«Un chal de cachemira por una cita.»

Era esta la primera vez que insulto tan grosero abusaba de su posicion. Su rostro se encendió de indignacion y arrojó el papel con enfado. El joven, que habiendo bebido muchas botellas de champagne tenia caliente la cabeza, se levantó de la mesa y se acercó al mostrador para pagar el gasto que habia hecho, sacó del bolsillo un puñado de oro y lo arrojó delante de Paulina; esta tomó las monedas que bastaban á pagar el gasto y separó el resto con la mano. El extranjero llamó al mozo y echándole en el delantal las monedas sobrantes le dijo.

—¿No te he dado yo una carta? ¿dónde está la respuesta?

El mozo sorprendido dirigió la vista á madama Van-Eykenes.

—La contestacion señora repitió el insolente.

Paulina se sonrió con desprecio y se puso á escribir en su registro aparentando serenidad, pero una lágrima de vergüenza y de cólera brotó de sus ojos y cayó sobre el papel. A vista de este espectáculo el joven mudó de actitud y modales, hizo una cortesia y salió en silencio.

Al dia siguiente fué uno de los primeros que se presentaron en el café, saludó respetuosamente á Paulina, y fué á sentarse en un rincón de la sala donde podia ver sin afectacion á la dama de mostrador.

Esto mismo lo repitió todos los dias, por espacio de algunas semanas. Al cabo de este tiempo Paulina se encontró en su libro de registros una segunda carta concebida en estos términos.

«Mi corazon, mi fortuna, mi vida entera por una mirada.»

Mientras que ella leia, percibió en un espejo las miradas del extranjero fijas en ella, sin que él pudiera sospechar que Paulina le veia. Esta se encojió de hombros y echó el papel sin rasgarlo en el cesto de los papeles inútiles.

El joven ocultó el rostro entre las dos manos y se marchó profundamente afligido.

Algun tiempo despues, á causa de una comida alegre y tumultuosa, muchos jóvenes guardias de corps rodearon el mostrador é hicieron unas proposiciones tan groseras á la hermosa botillera, que esta trató de escaparse. Uno de ellos hizo ademán de detenerla, pero se encontró con el extranjero, que le agarró del brazo y le sacó del café, Paulina volvió á tomar su asiento en el mostrador; pálida, desesperada y llena de agitacion. Prestó oido, dirigió algunas miradas á lo lejos de la galeria, pero ¿cómo habia de oir ni ver nada con aquella muchedumbre fija siempre delante de los cristales con su estúpida é insoputable curiosidad!

Pasó toda la noche sin dormir pensando en el que la habia defendido tan valerosamente.

Al dia siguiente esperaba con impaciencia el momento en que acostumbraba el extranjero presentarse en el café, pero pasó la noche y él no pareció, ni al otro dia, ni al otro, ni en la semana siguiente. Era, pues, indudable que habia pagado con una herida peligrosa ó tal vez con la vida su valor en proteger á Paulina.

Dos meses pasaron en esta incertidumbre y angustia; dos meses durante los cuales la idea del extranjero permanecia siempre fija en la imaginacion de Paulina. Una mañana no pudo reprimir un grito de alegría al ver á su defensor entrar en el café y sentarse, como de costumbre en el sitio que siempre escogia.

Conmovida vivamente no trató de disimular su gozo y emocion. El que era el objeto de este

movimiento, permaneció impasible, pálido andando con dificultad y apoyándose en un bastón.

Cuando se levantó para marcharse, Paulina se acercó á él, y con una timidez encantadora le dijo:

—Os debo, caballero, un eterno reconocimiento, jamás olvidare....

—No he hecho más que cumplir un deber, que cualquiera otro hubiera llenado como yo, contestó él saludándola respetuosamente. En seguida partió.

Al día siguiente volvió á aparecer silencioso como siempre, sin dirigir la palabra á la dama de mostrador, contentándose con saludarla al entrar y al salir, como hacían los demás concurrentes.

Una tarde fué el doctor Destreés á ver á Paulina, se sentó á su lado, le habló afectuosamente largo tiempo y le apretó la mano al despedirse. Apenas había pasado del Palacio Real cuando sintió un brazo que se posaba sobre el suyo. Se volvió vivamente y se encontró frente á frente con el extranjero.

—Caballero le dijo éste quitándose el sombrero, ¿sois amigo de la hermosa botillera?

—Sí, señor.

—Os suplico que no atribuyais mi conducta, que acaso os parecerá singular en este momento, á un frívolo sentimiento de curiosidad. Tengo motivos poderosos para dirijiros las preguntas que voy á haceros.

Os lo juro, á fé de caballero, y por la memoria de mi madre, que me escucha desde el cielo.

—Hablad, caballero, replicó el doctor.

—¿El corazón de madama Paulina?, porque yo no la conozco por otro nombre y por el de la hermosa botillera, añadió sonriéndose, ¿el corazón de madama Paulina está libre?

A esta pregunta el doctor miró al extranjero con una indecisión mezclada de sorpresa.

—Sí, caballero, está libre, dijo al fin, porque si madama Paulina amara á alguien, ya me lo hubiera confiado.

—¿No os ha manifestado nunca que se interesaba por alguna de las personas que acostumbra á ir al café?

—No me ha hablado sino de un jóven que la había defendido una tarde contra unos guardias de corps ébrios; pero este interés era muy natural, porque ella tenía motivos para temer que ese jóven hubiera sido herido en premio de su valor.

(Continuará.)

E. B.

EL STABAT MATER

por

ENRIQUE MURGER.

El primer día de Pascua del año 1714, á la hora en que los habitantes del pueblo de Cazorla, cerca de Nápoles, se dirigían á la iglesia, en una habitación de una pequeña casa rodeada de jardines, se despertaba un niño al ruido atronador de las campanas lanzadas á vuelo. Empezó por frotarse los ojos, y al ver los rayos de un hermoso sol de primavera que penetraban por una de las ventanas, sintió tal impresión de alegría, que se puso á dar palmadas.

—¡Qué hermoso tiempo, qué felicidad! hoy saldré á la calle.

Para comprender esta exclamación era preciso saber que Bautista, —este era el nombre del niño,—acababa de salir de una larga enfermedad, de la que gracias únicamente á su juventud, había podido librarse. Sin embargo, como su convalecencia le había devuelto su ánimo, aunque no todas sus fuerzas, y el médico le había permitido levantarse y comer un poco, el niño se creía completamente curado, y se había hecho prometer de su tía, en cuya casa estaba, que saldría el día de Pascua si hacía buen tiempo. Hé aquí explicada la alegría de Bautista al despertarse.

—¡Qué felicidad,—se decía,—abandonar esta horrible habitación en que tanto tiempo me he aburrido! Pero yo me indemnizaré hoy corriendo por el campo con mi prima.

Y poniéndose de pié sobre el lecho, empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

—Teresa, Teresa, tráeme mis vestidos, quiero levantarme.

—¿Quieres estar quieto?

—Bueno, pero dí á mi tía que me traiga los vestidos.

—Aquí los tienes.

—No son estos,—esclamó Bautista.—Te pido el traje de los días de fiesta. Ya sabes que hoy he de salir.

—Todavía no puedes salir, el médico lo ha prohibido; además hace frío, y te pondrías peor.

—¿Qué hace frío? ¡Bah, con un sol tan magnífico! Mi tía me ha prometido llevarme á misa, y lo cumplirá.

—No por cierto. Hace una hora que se ha marchado.

—Eso no es verdad,—dijo Bautista impetuosamente,—acabo de oírla hablar.

Y se puso á gritar desaforadamente.

—¡Tía, tía!

—Te digo que estás en la iglesia con tu tío y tu prima.

Entonces, como todos los niños contrariados en sus deseos, Bautista hizo un gesto de mal humor y ocultó la cabeza bajo la manta, diciendo á Teresa:

—Eres muy embustera. Tráeme mi desayuno.

En el mismo instante se oyó una voz fresca que gritaba.

—¡Bautista, Bautista!

Era un muchacho de unos doce años de edad que acababa de entrar dando saltos.

Bautista levantó la cabeza y reconoció á Pedro.

Este continuó.

—Acabo de encontrar á tu tía, me ha suplicado que venga á jugar contigo, y aquí me tienes.

—Bueno, bueno,—esclamó el niño algo mas satisfecho.—¡Es verdad que hace frio hoy!

En vano Teresa hizo señas á Pedro para que contestara afirmativamente.

—¡Frio! ¿Quién te ha dicho eso? ¡Frio! ¡Ah! sí; las naranjas están ya maduras.

—¿Lo ves, embustera?—gritó el niño dirigiéndose á Teresa.

Esta se contentó con responderle:

—Voy á hacerte el desayuno.

Y salió.

Cuando estuvieron solos, Pedro dijo á su camarada:

—¿Por qué no sales hoy?

—Mi tía no quiere,—contestó sencillamente Bautista.—Teresa dice que el médico lo ha prohibido, aunque ayer dió su permiso. Así es que me alegro mucho que hayas venido. ¡Me hubiera fastidiado tanto aquí solo! Lo único que siento es no poder asistir hoy á la iglesia, porque habrá una gran función.

—Sí,—dijo Pedro,—pero mejor será la de Nápoles.—Toda la corte debe estar en la misa, y habrá una gran orquesta.

—¡Ah!—esclamó Bautista;—¡y los órganos!

—Y además violines y cantantes, hasta el número de cien músicos lo menos. Debe estar magnífico. Yo debía ir; pero mi padre no ha querido llevarme.

—¿Tú crees que habrá músicos?

—¡Oh! sí porque asiste toda la corte.

—Escucha, Pedro.

—¿Qué?

—Puesto que nos dejan aquí á los dos...

—¿Qué harémos?

—Si tú quieres iremos á Nápoles.

—¿Para qué?

—Para oír la música,—contestó Bautista cuya mirada se inflamaba por grados.—Vamos: ¿quieres venir?

—Pero ¿cómo harémos para salir? Teresa nos verá. Además de aquí á Nápoles hay dos leguas, y una distancia tan larga puede detener tu alivio si no espermentas algun mal. Por otra parte, es muy posible que encontremos á mi padre en el camino; ya sabes que ha ido á Nápoles.

—No hay cuidado,—prosiguió Bautista para vencer á su camarada.—Yo puedo correr y dos leguas las andaremos en un momento. Saldremos por el jardín y Teresa nos no verá. Tan pronto como se concluya la misa nos volveremos y nadie sabrá que hemos salido. Si observan nuestra escapatoria lo mas que puede suceder es que nos riña; mi tía no se atreverá á castigarme porque estoy enfermo. Hé aquí todo...

—Sí, pero yo...

—Tú te fingirás enfermo tambien, y te perdonarán fácilmente. Comque vamos?

Al mismo tiempo que hablaba Bautista se habia vestido y arrastraba á Pedro, que todavia estaba medio indeciso.

Salieron, pues, de la casa sin ser vistos de Teresa; pero en el momento de salir del pueblo y de entrar en la carretera, un pequeño baido hizo recordar á Bautista que no habia tomado alimento desde la víspera.

—He olvidado el almuerzo,—dijo á su camarada,—no le hace, luego comeré mejor.

—Y los dos amigos echaron á correr para llegar mas pronto. Al cabo de una hora de carrera entraron en Nápoles, cubiertos de sudor y pudiendo apenas sostenerse

Sin parar un momento, entraron en la primera iglesia que vieron, que precisamente era en la que se verificaba la función.

Para la solemnidad del día, el templo se habia decorado lujosamente. Los rayos del sol, penetrando á través de los vidrios de colores, daban un aspecto grave y religioso á las naves en que los fieles estaban arrodillados.

Una tribuna colgada de terciopelo y blasonada con las armas reales, estaba ocupada por todos los personajes de la corte, y hacia frente al estrado donde se hallaba la orquesta y los cantantes.

En el momento en que Bautista y Pedro acababan de colocarse en uno de los rineones de la iglesia, el órgano empezó los primeros acordes del kirie eleison. Bautista se apoyó contra uno de los pilares inerustados en la pared y olvidó por completo la fatiga y el cansancio de que debia estar dominado. Todas las pompas exteriores del servicio divino desaparecian á sus ojos; en aquel momento no tenia mas que un sentido, por decirlo así, el del oído. Mientras que su compañero paseaba sus curiosas miradas desde el coro, todo lleno de luces, al estrado real y á todos los ángulos del templo, Bautista no veia nada ni oía mas que la música y el canto. Tan absorto se hallaba, que en el momento en que el sacerdote verificó la elevación de la santa Hostia, olvidó doblar la rodilla como todos hacian, negligencia culpable que le valió una buena reprimenda de una vieja beata que se hallaba cerca de los jóvenes.

Pedro le tocaba de vez en cuando con el codo para llamarle la atención sobre los brillantes personajes que entraban en la tribuna; pero él ni contestaba siquiera, temeroso de perder una sola nota de aquella sagrada armonía que iba á morir en las bóvedas del templo.

(Continuad).

CORRESPONDENCIA.

Miera. Señora doña A. Z., deja abonado con los 20 rs. hasta fin de diciembre del 79.

Pantícosa. Con los 16 rs. deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

Sahagun. Señora doña J. G. G., en nuestro poder las 8 pesetas, pagado hasta fin de diciembre del 80.

Villanueva del duque. Señora doña M. J. de M., le remito los números que pide. Con los 28 rs. queda pagada la suscripción hasta fin de junio del 80.

Villabuenas. Señor don F. S., recibí los 24 rs., deja abonado hasta fin de abril del 81.

Villafranca de los Barros. Señora doña I. R. M., anotada la suscripción, con los 12 rs. queda pagado hasta fin de junio del 80.

Zaragoza. Señora doña F. S. P. y C., remito á V. los números que pide.

Valdepeñas de Jaen. Señor don J. B., hecha la traslación, y se le envían los números que le faltan.

Belmonte de Campos. Señora doña C. P., recibí los 12 rs., queda abonado el periódico hasta fin de abril del 80.

Rota. Señor don M. S., tiene abonado hasta fin de diciembre del 79.

Continuad.

Granada:—Imprenta de «La Madre de Familia.»